



EL PILLIN

Periódico satírico-cómico-literario, ilustrado

SE PUBLICA LOS DÍAS 1.º Y 15 DE CADA MES

PRECIOS DE SUSCRICION

Seis meses... .. Ptas. 2'50
Un año. » 5'
Números atrasados, » 0'25
Anuncios a precios convencionales

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

LIBRERÍA PARERA

Teléfono 199

5, Rambla de Canaletas, 5

SE PUBLICA LOS DÍAS 1.º Y 15 DE CADA MES

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

Seis meses... .. Ptas. 3'
Un año. » 6'
Números atrasados, » 0'25
Anuncios a precios convencionales

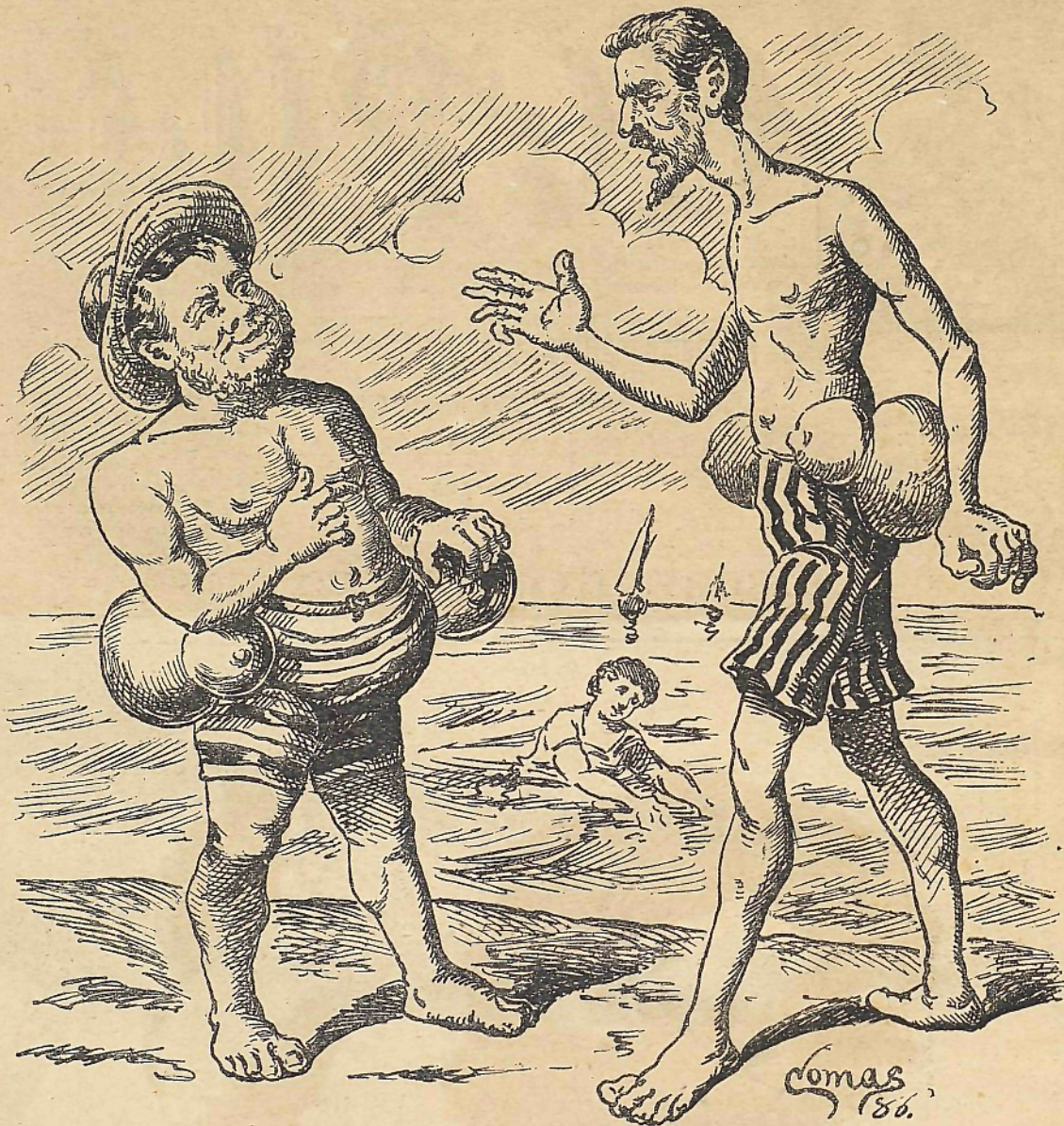
ENTRE HORIZONTALES



—Y bien, yo no sé por qué
nos han de llamar *ligeras*.

—El que tal diga, Asunción,
no sabe lo que una pesa.

EN LOS BAÑOS



—Cuando se pone en remojo parece V. un bacalao.

—No me incite V. Don Pulpo á que haga un desaguisado.

LA CHIFLADURA

No cabe duda que ha llegado á ser ya una enfermedad común. Lo que un tiempo tuvo de extraordinario, tiene ahora de natural.

En otras épocas, en que la ciencia no calzaba los puntos que calza hoy, se tenía por desgracia lamentable el estar chiflado; pero á medida que los conocimientos han ido difundiéndose, la chifladura ha tomado un incremento notable; por cuya razón atribuyen algunos á la abundancia de sabiduría el exceso de chiflados con que cuentan los actuales tiempos.

Vemos en la antigüedad descollar por lo extremado de sus actos á chiflados como Nerón, Heliogábalo, Calígula ó Atila, que padecían, según los hechos, de una chifladura verdaderamente repugnante. Y descuellan también, aunque de un modo menos horrible, Diógenes, Pascal y otros por el estilo, que pasaron por sabios quizás á fuerza de empuñarse en tonterías. Siguiendo en importancia, Romeo, Abelardo, Marcilla, etc., que sufrieron los desastrosos efectos de una chifladura *sui generis* llamada amor; chifladura que hoy se desconoce casi por entero.

Hay que convenir en que la fuerza de las costumbres, metamorfoseadas por el tiempo, se impone siempre y domina á pesar de todo. Sólo así puede explicarse la manera como en nuestros días, la chifladura ha perdido su importancia á medida que se ha generalizado, llegando á ser poco

menos que una cualidad, en vez de significar un defecto como significaba entonces.

Pocos, contados serán los que estén exentos de esa condición precisa para vivir en paz y gracia de Dios.

¿Qué hombre quieren ustedes hallar, que no presente señales evidentes de una chifladura en mayor ó menor grado?

En el orden social, no son muchos que digamos los que se encuentran libres de su miájitá de falta de *chirumen*, y si acudimos al terreno político, hoy de moda, hallaremos á muchos hombres de talla sin poder sacudirse esa especie de lepra cuyo contagio es inevitable. ¡Cuántos cambian de pensar y corren de un lado á otro, buscando siempre la manera de arrimarse al sol que más calienta, así sea en la canícula!

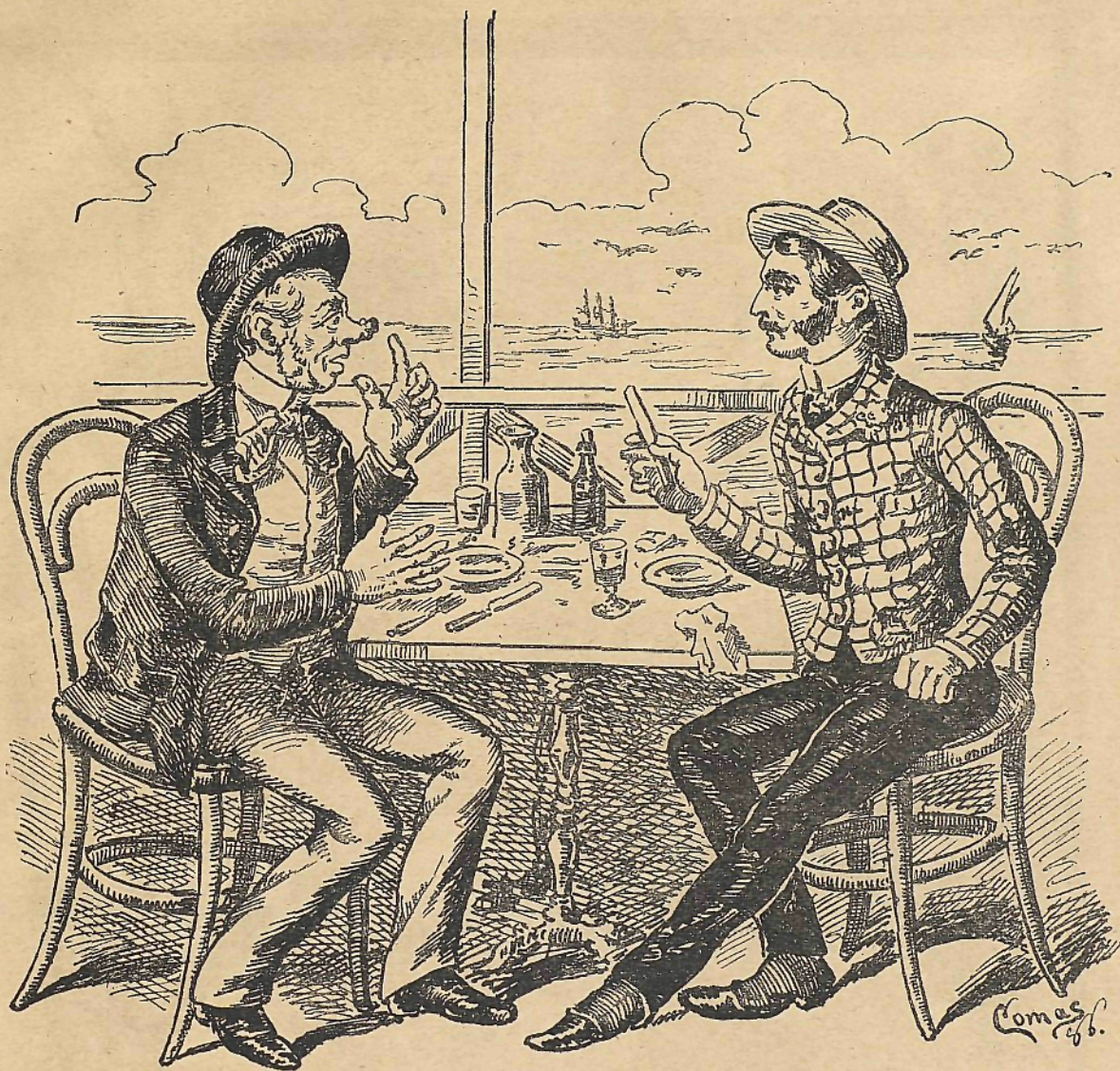
¡Qué de evoluciones é inconsecuencias con fines altamente patrióticos á veces, pero abiertamente interesados casi siempre!

Un político español contemporáneo, verdaderamente ilustre, lo ha dicho: la consecuencia en el hombre es una aberración. «En política (como en otras muchas cosas, y esto lo digo yo), se sabe de dónde se viene, pero no á dónde se va.»

El individuo no puede vivir sujeto á un juicio frío y severo de todos los actos y de todas las cosas.

Es indispensable un poco de chifladura para equilibrar los impulsos del entendimiento puesto en razón, formarse ilusiones y vivir con ellas por un espacio de tiempo indefinido.

EN LOS BAÑOS (Fin)



—Desde que tomo baños,
¡voto al Genil!
me han salido tres granos
en la nariz.

—No hay que apurarse;
me han salido á mi ciento
en... otra parte.

No debe nunca el hombre encerrarse totalmente en los límites de lo lógico, en razón á que le conviene excluir algo con que poder gozar aparentemente por lo menos. De no hacerlo así, la existencia se reduce á un cúmulo de desdichas ó insignificancias.

Solamente con fijarnos un poquillo en la tendencia de los individuos en general, hallaremos la verdad de lo dicho; esto es, que en más ó menos escala estamos chiñados todos.

El que no sueña con una cosa lo hace con otra. Éste, nos cierra el paso para referirnos sus conquistas; especie de Tenorio sin colete. El otro nos entretiene leyéndonos trece actos y medio de un drama trágico en veintidos, que ha escrito en cuatro noches, y critica á Echegaray, le da cien vueltas á Tamayo y se lamenta de la notoria injusticia del público, que le silbó por partes la obra desempeñada por actores *inofensivos*, cuando puesta en escena por Vico habría hecho furor. El de más allá, nos pide nuestro voto para salir elegido concejal ó diputado.

Por la derecha, se nos presenta uno que ha ganado dinero esquilmando al prógimo, y nos saluda con cierto énfasis dándose tono de persona decente. A la izquierda, vemos otro que se cree compositor de primera, y sueña en aplausos de una masa arrebatada por los efluvios de armonía encerrados en un prólogo de una creación que ha de immortalizarle. Por las espaldas, viene y nos clava un par de banderillas uno que se las echa de Lagartijo en ciernes. Y éste, el otro y el de más allá, como el de la derecha, el de la izquierda y el de detrás, corren hablan y obran á impulsos de una chiñadura con la que viven perfectamente.

Hay quien cifra toda su felicidad en el goce puro de los afectos de la familia, mientras le timan lo más sagrado, colocándole en el ridículo *por mor* de su cara mitad.

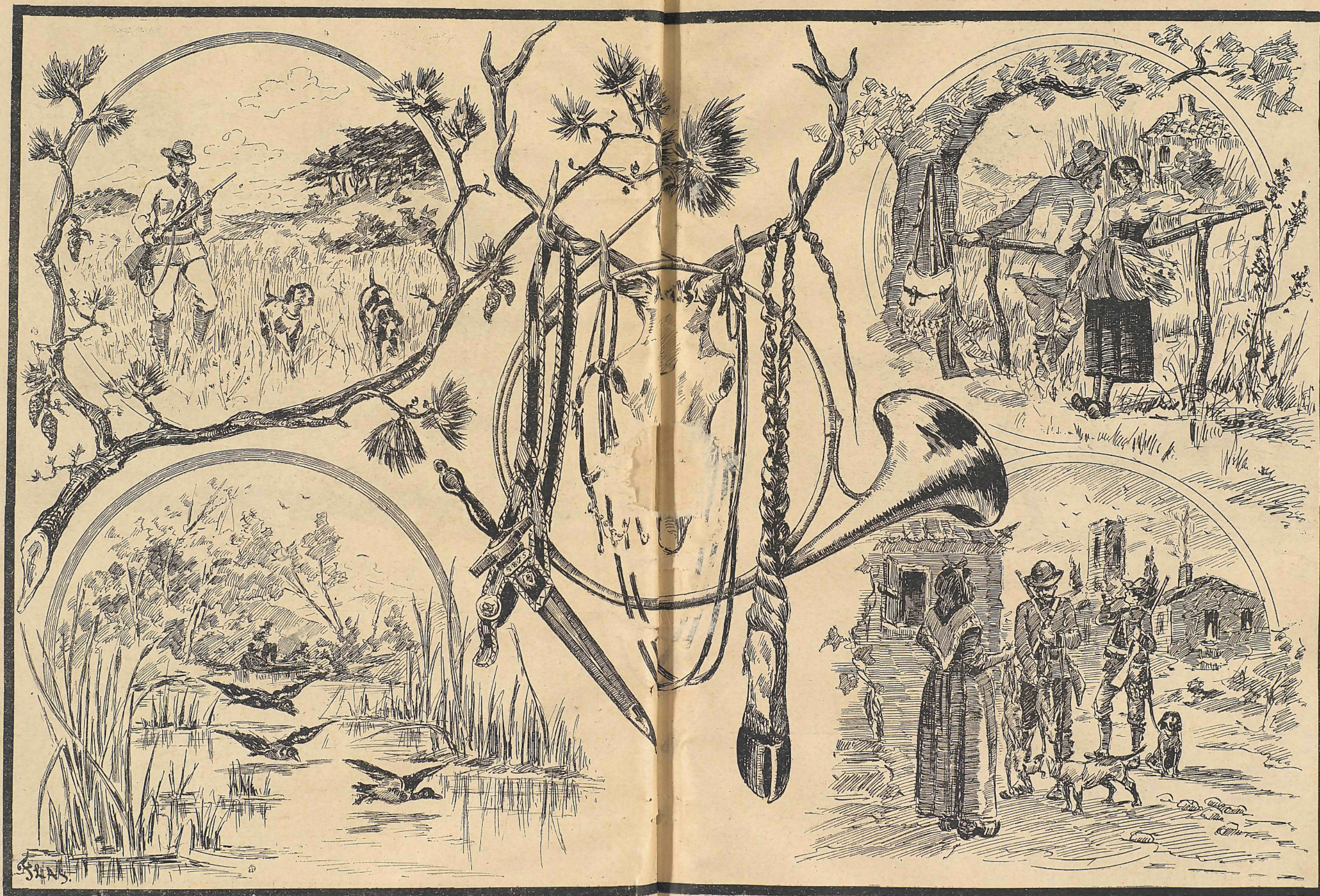
Abundan los que viven creyendo en la inmortalidad del alma, aferrados á la esperanza de una vida eterna, ó embebidos en místicas contemplaciones que les seducen y convierten en idiotas.

Hombres graves conozco, que están ciertos de que durarán todas las noches con su mujer, cuando ésta hace diez años que está en la eternidad.

No faltan chiñados por el mal, que sólo capa de hombres sensatos le marean al más pintado.

Nadie se libra de este prurito de vanidad, que en parte, si no en todo, nos atrae. El que no se cree un Cicerón, por ser mudo de nacimiento, se imagina el hombre más hermoso de la tierra.

Todos nos creemos sobresalir en algo, y hasta el que no tiene condición ninguna, el que no puede vanagloriarse de poseer talento, ó de ser elegante, discreto, ágil, fuerte ó animoso, en fin, el que con la poca luz de su criterio reconoce la nulidad de su valer, á buen seguro que en su fuero interno se envanece por ser poseedor de un algo que equivale á un todo; de una cosa que no tendría importancia si fuese, como debiera ser, corriente, natural, precisa: la honradez. Pero como por desdicha, ó por suerte, que no puede ya definirse, con esto de la virtud, nobleza ó buen sentido de los humanos seres ocurre lo mismo que con los melones, que los hay buenos y malos, hé aquí el valor de la *mercancía* explicado por la escasez de su producto.



La caza, por Flas

TESTAS DE ESTUDIO



JUAN GOULA

Incansable, inteligente,
enérgico, emprendedor;
su batuta va al vapor
y arrebatada de repente.

Su talento musical
está de sobra probado,
pues que el Maestro ha logrado
un renombre universal.

En lo moral, como en lo material, la abundancia de una cosa implica una depreciación en su precio. La falta de buena cosecha encarece los trigos, como el hallazgo de un gran filón de oro abarata el artículo. La honradez está ya en desuso, y los que se mantienen firmes en las prácticas del bien son considerados como héroes, cuando no hacen más que cumplir el más rudimentario de los deberes.

¡Oh, la honradez!... En estos tiempos de positivismo, cuando está en auge el interés propio y se pospone mucho y bueno a la conveniencia, la honradez equivale a una chifladura de la peor especie. Por supuesto mirándolo bajo el prisma de la costumbre y partiendo de la base de que es ya una excepción que no constituye regla el ser honrado a carta cabal. Hoy, una voluntad espartana en el cumplimiento de los deberes con arreglo a la moral, patentiza la tontería ó extremada buena fé del interesado. Hablen por nosotros los mil y un zánganos que se han enriquecido á costas del prójimo y que son bien vistos y considerados.

El escritor ó el maestro de escuela, por ejemplo, que se

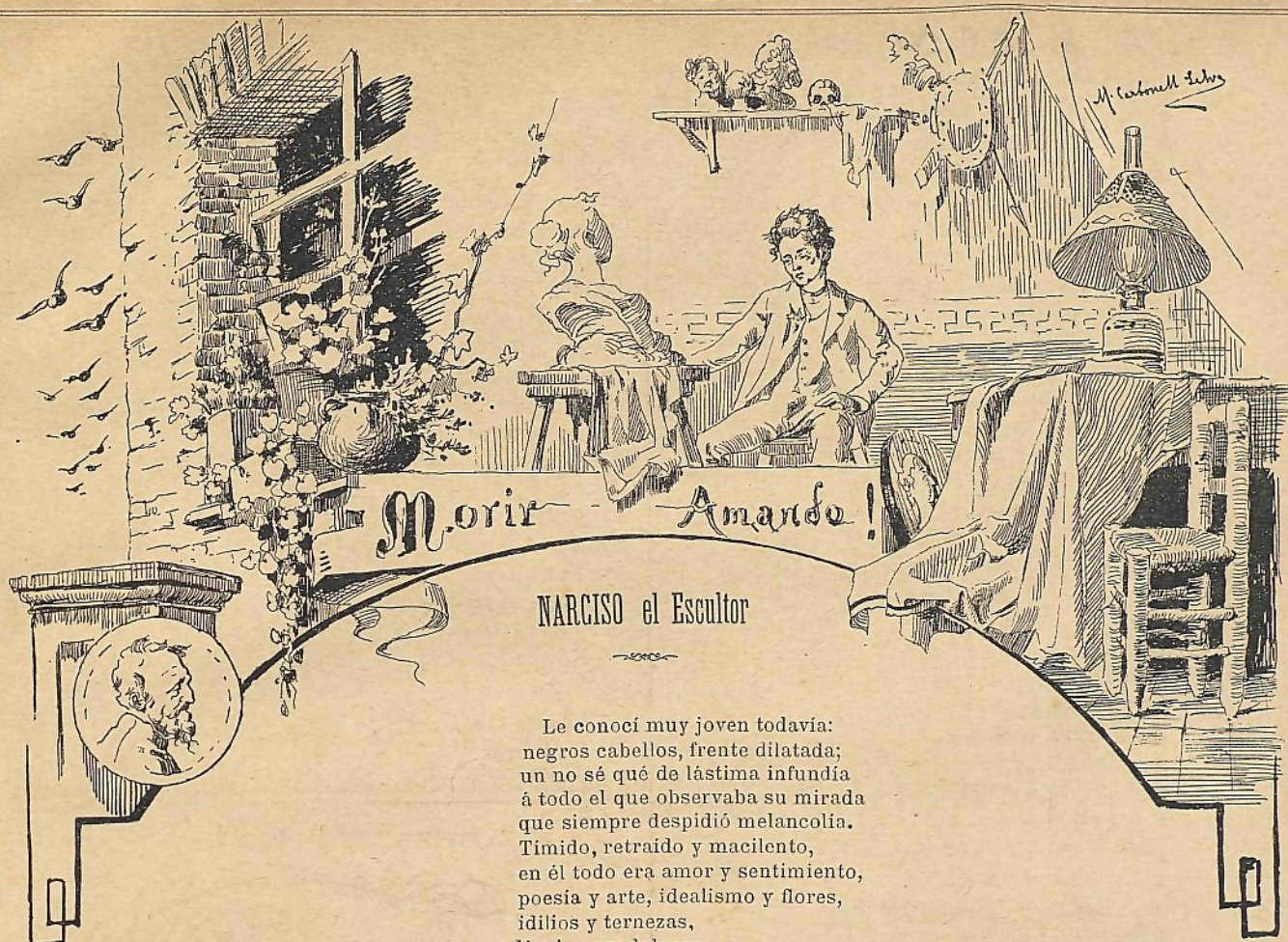
harta de no comer y se mantienen pulcros y virtuosos bostezando continuamente, son más chiflados que el Bizco y Melgares, apreciables sujetos que lo entienden según nos vienen demostrando los hechos.

Será sensible si se quiere, mas no por esto deja de ser exacto. La chifladura es una de las costumbres modernas, y andando el tiempo, créanlo ustedes, llegará á ser una cosa de buen tono el ser chiflado de solemnidad.

En el vestir, en el hablar, en los hechos; en todo se dibuja esta tendencia. La moda, las costumbres; los actos de todos, jóvenes y viejos, guapos y feos, altos y bajos, hombres y mujeres; todo va descendiendo hácia lo ridículo; todos resbalamos sin darnos cuenta de que lo hacemos.

Va á ser el mundo un hervidero de cuerdos-locos.
Y sinó, allá veredes, como dijo el otro.

VERITAS



NARCISO el Escultor

Le conocí muy joven todavía:
negros cabellos, frente dilatada;
un no sé qué de lástima infundía
á todo el que observaba su mirada
que siempre despidió melancolía.
Tímido, retraído y macilento,
en él todo era amor y sentimiento,
poesía y arte, idealismo y flores,
idilios y ternezas,
lágrimas y dolores.

Sus obras, en verdad, muy prematuras,
fueron de un porvenir asaz brillante
deslumbrador destello;
eran sus esculturas
prueba de un alma como de gigante
capaz de interpretar todo lo bello.
En un chiribitil, un quinto piso,
dejando sin contar el entresuelo,
tenía su taller el buen Narciso;
sin duda porque quiso
vivir y trabajar cerca del cielo,
á cuya hermosa vista,
que el pecho ensancha y el pesar oprime,
de fijo concibió el novel artista
algo grandioso, colosal, sublime.
Allí, sobre sencillos capiteles,
bustos de cien estilos se encontraban;
buriles y cinceles
los muebles de aquel piso completaban.
Las paredes cargadas de bocetos,
y del techo colgando,
escudos, armas, multitud de objetos
pertenecientes á qué sé yo cuándo.
Eso sí, en el dintel de la ventana
por donde entraba el sol cada mañana,
cien flores sus corolas entreabrían,
y, atraídos tal vez por sus olores,
los pájaros cantores acudían
á perfumarse con aquellas flores.
Sus amigos, que fueron unos cuantos,
y el que esto escribe, que era uno de tantos,
queríamos al pobre, cual se quiere
á un excelente amigo
que al batallar del mundo
el sueño puro de lo ideal prefiere;
pero al verle de bromas enemigo,
más dado á la oración que al movimiento
propio de aquella edad color de rosa,
con todo y su talento,
que en rigor de verdad era un portento,
bromeábamos con él por cualquier cosa;
y en la puerta del piso del artista,
dó á veces nos reuníamos,
con yeso así escribíamos:
«Aquí vive Narciso el eremita
que en santas devociones se ejercita:
no le turbeis la calma;
porqué á suspiros echaría el alma.»
O así por el estilo:
«Se recomienda, al que entre, gran sigilo,
que aquí dentro hay un templo
y un cura sin sotana
que está prestando ejemplo

»de voluntad que raya en lo espartana.»
El infeliz quejándose decía,
borrando con un trapo los letreros:
—Dejaos de bromear: por vida mía,
que eso no está bien hecho, caballeros.
Mas, siguiendo la broma,
replicábale alguno:
—Si á estudiar algún día vas á Roma,
vuelves fraile y no artista, de consuno.
Y el pobre, aunque en el alma le pesaba,
reía tristemente y se callaba,
y seguía esculpiendo
en mármoles madera, yeso y barro,
con un afán de gloria tan tremendo
que aquello iba ya siendo
un frenesí de artista, un despilfarro.

Cierta día, ¡verdad que fué sorpresa!
al ir á verle al joven, nos quedamos
de veras sorprendidos:
un canto de armonía que embelesa
callados escuchamos
aplicando á la puerta los oídos.
Era triste, sentido y cadencioso,
parecía un arrullo de querubines,
un quejido amoroso
de esos que por encima de las nubes
deben dar los tenores celestiales
en el concierto eterno de la gloria
con voces de verdad angelicales.
Cantaba, si no miente mi memoria,
estrofas de unos versos conocidos
de un vate insigne y de los más sufridos,
á quien no se apreció debidamente
hasta que por la muerte arrebatado
sus obras resonaron grandemente
y fué su nombre ilustre venerado.
Volverán las oscuras golondrinas...
y lo demás que omito, porque abundo
en creer que aquellas rimas tan divinas
las conoce y recuerda todo el mundo.
Cesó canto tan tierno de repente;
quisimos aplaudir ruidosamente,
y el escultor Narciso
abriéndonos la puerta de improviso,
nos dijo sorprendido y contrariado:
—¡Señores, no os moféis de un desdichado!
—Tal no serás cuando cantando embotas
los sufrimientos si el pesar te apena:
por cierto, chico, que echas tú esas notas
cual no las echaría una sirena.

S. GOMILA.

(Se continuará.)

¡Y A MÍ QUÉ!

Hay en mi casa un vecino,
(el que vive en el segundo)
del cual, dice todo el mundo
que se muere por el vino;
que maltrata á su mujer,
que le riñe á la criada
y que nunca piensa en nada
como no sea en beber.

Que sólo por distracción
al monte juega algún día
y que adora á una María
con todo su corazón.

Que trata en sus ratos de ocio
con la hija de un prestamista,
y habla con una corista
sobre asuntos de *negocio*.

Que no le paga al casero
hace lo menos seis meses
y que le sobran *ingleses*
porque le falta dinero.

Todo esto se lo contó
ayer tarde la portera
á Juana, mi cocinera,
y por ella lo sé yo.

Mucho más me dijo Juana
sobre este particular,
mas no lo quiero contar...
porque no me da la gana;
pues no me importa un comino
y me tiene sin cuidado
lo que haga el enamorado,
ó el borracho del vecino!...

RICARDO CHACÓN Y CHACÓN

Madrid

CALMA, TORMENTA Y MIEDO

Admiro estrellado el cielo
en una noche apacible,
y mi corazón sensible
siempre en él halla consuelo;
pero en cambio me estremece
cuando amenaza tormenta
con su negra vestimenta
que por intervalos crece;
y aunque todo esto me agita
y me causa gran pavor,
nada me da tanto horror
como mi suegra maldita.

E. CÁMARA Y FARRIOLS

Madrid

CHISPAZOS

—¿Murió tu amigo Pérez?
—Afortunadamente.
—¿Cómo?...
—Sí, hombre. Se iba á casar.

—Amigo mío, después de leído tu drama te creo capaz
de cualquier cosa.

—Hasta de pedirte cuatro duros que me hacen falta. Los
tienes?

Un capitán á su asistente:

—Como vuelvas á faltarme en lo más mínimo, de un pun-
tapié vas á parar á Sevilla.

—¡Mi capitán!... Démelo V. un *poquitiyo* más flojo, y me
quedaré en Tocina, que es mi pueblo.

—¡Ay, doña Petronila, qué horrorosa es V.! digo, no, ¡qué
hermosa es V.!

—¡Ay, don Segismundo, es V. muy bruto! digo, no, muy
galante.

—¿Don Pedro Barrueco?

—No estoy visible.

—Lo siento, porque venía á entregarle veinte duros...

—¡Hombre, pase V. amigo mío!

—Lo siento, pero no oigo. Quede V. con Dios.

De visita:

Entra un señor á quien el perrito de la casa parece como
que le tiene inquina.

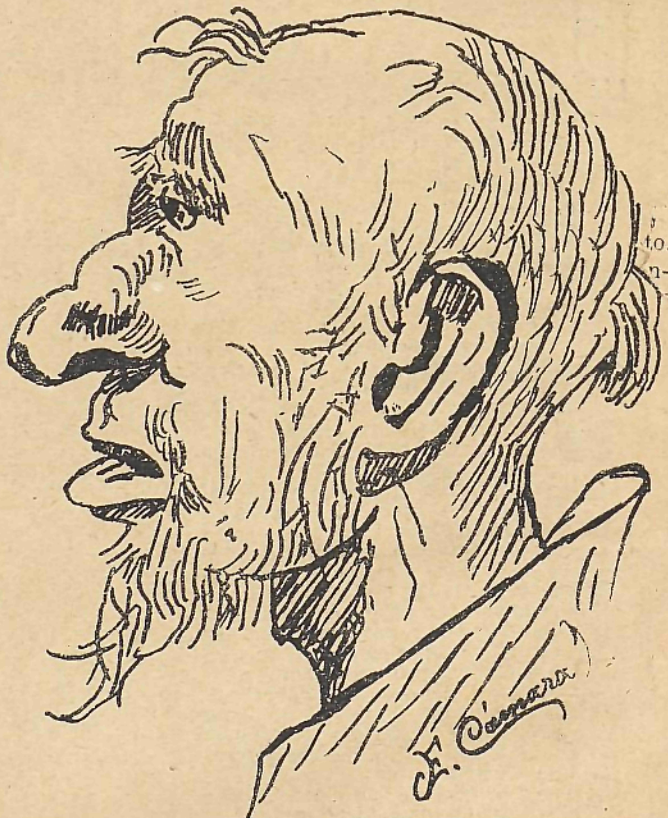
Saludar el buen hombre y morderle el can en la pantorri-
lla es una misma cosa.

—No se asuste V., dice la señora de la casa: Ladra. pero
no muerde.

—Es verdad, señora. Pero yo tampoco acostumbro á pe-
gar á los perros.

Y de un bastonazo le revienta al faldero.

CABEZA DE ESTUDIO



CORRESPONDENCIA

R. CH.—Madrid.—Tiene V. facilidad, pero es muy flojillo. Va
por complacerle. Mande V. algo que no sea tan manoseado.

E. C.F.—Madrid.—Se aprovecha algo; pero ello es algo inco-
rrecto, amigo mío. Procure V. enmendar y escribir poco.

J. C. B.—Oviedo.—Al saco. ¿! ónde tiene V. la cabeza?

S. E. R.—Pamplona.—¿Qué cosazas tiene V.!

N. P.—Pamplona.—¡Ah, pillín!... Te conozco. No he de de-
cirte más. Envía, condenado.

Imprenta y Litografía de los Sucesores de N. Ramírez y C.^a—Barcelona